

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Numero 11.

Oficina central, plazuela de la Compañía, junto a la Imprenta.

Setiembre 17.

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 17 DE 1864.

LOS DIAS DE LA PATRIA.

Vivir libre juró nuestro pueblo
Convertido de esclavo en Señor;
Este voto del cielo inspirado
A la faz de la tierra ofreció;
Con placer las naciones lo oyeron,
Los tiranos con susto i pavor.

JOSE M. SALAZAR.

Los dias de la patria son los dias de los grandes recuerdos, los dias en que el corazon late con los sentimientos mas puros i jenerosos.

En ellos se detiene el presente, para volver los ojos al pasado, buscando en las hazañas de nuestros héroes ejemplos que imitar, mientras el alma se siente arrebatada por el sublime espectáculo de sus glorias i sacrificios.

Cincuenta i cuatro años hace a que nuestros padres abrieron a la patria el camino de la libertad i del progreso. El 18 de setiembre de 1810 fué el principio de aquella era gloriosa, que dió por fruto la independencia de Chile.

La idea de la libertad habia alcanzado a penetrar en nuestra querida patria, a pesar de las trabas con que la recelosa España tenia encadenado el pensamiento de los americanos.

Patriotas entusiastas i ardientes se alzaron aquel dia para dar a Chile un gobierno nacional, i escudados con el pretexto de conservar a los monarcas españoles la soberanía de la nacion, elaboraban en secreto la grande obra de nuestra independencia.

La *Junta gubernativa* fué jurada ante los altares, en medio del regocijo de un pueblo que atónito presenciaba por la primera vez el sublime espectáculo de una nacion que pasaba de esclava a soberana.

Detengámonos un breve instante a recordar los nombres de los patriotas que llevaron a cabo la revolucion de 1810. Ellos son acreedores a ser llamados Padres de la Patria i verdaderos fundadores de nuestra independencia.

Toro, Aldunate, Marquez de la Plata, Martínez de Rosas, Vera, Marin, Argomedo e Infante son nombres que grabados en la primera página de nuestra historia, no podrá nunca dar al olvido la posteridad.

Aquellos ilustres repúblicos debieron sentirse en tan solemne dia animados por las mas sublimes emociones; debieron dirigir una mirada profética hácia el porvenir i contemplar el destino futuro del pueblo, cuyas cadenas acababan de destrozarse. Esas almas templadas en el heroismo debieron formar muchos votos que a sus hijos nos toca realizar, i al ofrecerse al sacrificio i al martirio, por elevarnos a la dignidad de hombres libres, contaban con que nosotros seriamos dignos del beneficio que nos dispensaban, conservando siempre sin mancha, como hasta aqui lo hemos hecho, el honor de nuestra adorada patria.

Al gran movimiento político de 1810 siguieron, como era natural los azares de la guerra: las primeras campañas de la independencia llenas de sucesos favorables i adversos, pero siempre gloriosos, mostraron al mundo cuanto puede un pueblo, que aunque pobre i desarmado, lucha por defender lo que hai de mas sagrado para el hombre, la libertad!

Esta guerra fué la grande escuela en que se adiestraron aquellos héroes, que en dias mas felices arrojaron a la opresora España no solo del territorio chileno, sino del de toda la América.

En ella centellearon los aceros de los heroicos i desventurados Carrera, blandió O'Higgins su vencedora espada i Freire dió muestras de su juvenil arrojo: en ella en fin conquistaron inmarcesibles laureles mil otros, cuyos nombres son otros tantos timbres gloriosos, con que la patria se enorgullece.

Desgraciadamente los esfuerzos del patriotismo chileno se agotaron en el famoso sitio de Rancagua, verdadera Numancia americana, i despues de la toma de esta ciudad comenzó para nuestros padres la carrera del martirio i de la proscripción.

Sin embargo, la dominacion de los españoles no podia ser duradera en una nacion que ya habia probado los frutos de la libertad. Dos años despues de la toma de Rancagua, los Andes vieron descender de sus altas crestas a los proscritos, que tornaban a la patria al frente de un poderoso ejército, que habian organizado, secundados por el patriotismo de los argentinos, esa nacion jenerosa, cuyos hijos son los hermanos mas leales i abnegados con que cuenta Chile en la familia americana.

Por eso chilenos i argentinos han confundido

entre sí sus recuerdos i sus glorias, i el nombre del ilustre jeneral San-Martin es pronunciado entre nosotros con la mas profunda veneracion, al par del de O'Higgins, el mas noble i magnánimo de nuestros héroes.

Por fin el despótico poder de la España derrotado para siempre, hoyó a ocultar el oprobio del vencimiento al otro lado de los mares, mientras los patriotas de 1810 veían coronada su obra con la gloriosa jornada de Maipú, en que los soldados de la libertad aseguraron definitivamente la independencia de Chile, i, no tememos decirlo, la de toda la América.

Felizmente no se han marchitado los laureles que segaron las espadas de nuestros héroes i la nacion chilena conserva sus honrosos antecedentes, sin que una sola mancha oscurezca el brillo de esa triunfante bandera, que tanta gloria adquirió en los campos de batalla!

La Europa, que siempre ha mirado con ceño nuestras instituciones i que ha llevado su arrogancia hasta darnos el nombre de *salvajes*, se admiraría ciertamente, si, contemplándonos sin prevención, viera los pasos jigantescos que hemos dado en la via de la civilizacion i del progreso.

Al romper las cadenas de la dominacion española, Chile no habia recibido de la Metrópoli ninguna organizacion política: vióse de repente libre i puede decir que a sí propio se debe cuanto ha ganado en ciencias artes e instituciones.

El despotismo suspicaz sabia demasiado que su dominio no podia durar en una nacion ilustrada en el conocimiento de sus derechos; i por eso nos mantuvo, en cuanto le fué posible, en la mas completa ignorancia.

Hoy es admirable el aspecto que presenta Chile; el pensamiento vive i palpita bajo el ala protectora de la libertad; en el campo de la prensa se agitan de mil maneras las cuestiones del progreso i de la sociedad; todos los caminos están abiertos al talento, que ya no se halla, como en los tiempos de la conquista, condenado a vejetar i morir sin dejar en pos de sí alguno de esos rastros luminosos ue señalan la carrera del jenio sobre la tierra.

Los talleres i las escuelas se abren para los hijos del pueblo; la caridad cristiana tiende su mano protectora al desvalido con la fundacion de numerosas sociedades que se ocupan en socorrer la indijencia de las clases pobres; el vapor atraviesa nuestras campiñas i une entre sí populosas ciudades; el telégrafo transmite en un instante el pensamiento con velocidad asombrosa, i las naves, que diariamente visitan nuestros puertos, nos traen los productos de las naciones mas apartadas del universo.

La vida de accion que distingue a nuestro siglo se ajita entre nosotros que, dóciles a su impulso, marchamos con fé, sin que su positivismo abogue nuestro entusiasmo, o reduzca nuestras virtudes cívicas a la cuestion del *tanto por ciento*, única palanca que mueve la mayor parte de las naciones del otro lado del Atlántico.

Sea dicha la verdad: fuera de la Relijion casi nada debemos a España. La era del coloniaje se presenta a nuestros ojos, como una noche oscura i tenebrosa; la era de la libertad es la brillante aurora de un dia, que a pesar de las nubes que pretenden empañarlo, sera espléndido i glorioso en el porvenir.

Ha llegado para la América la hora de la prueba; Méjico ha sucumbido a las artimañas de un déspota ambicioso; a la república ha sucedido un imperio cimentado sobre los huesos de millares de heroicas víctimas, bien distintas por cierto de esa turba de traidores, que han vendido a su infortunado país!

En medio de tantas desgracias todavia hai en Méjico hombres magnánimos, que como Juarrez, sostienen el pabellon de la República, para honor de la América i de la humanidad!

El cañon de los tiranos, que parecia haber callado para siempre, desde que el bravo Freire arrojó de Chiloé los últimos restos del poderío español, vienetambien a amenazarnos de nuevo.

Ridículos pretextos, farsas indignas de una nacion que se precia de caballereza, sirven de pantalla a la ambicion española, que se arroja sedienta de riquezas sobre las islas del Perú.

La indignacion que un atentado de tal naturaleza ha exitado en todo el continente americano es una prueba brillante de que aun alienata entre nosotros el sagrado patriotismo que nos legaron por herencia nuestros antepasados.

Es preciso que no se agoten sentimientos tan nobles i que en cada americano encuentre el despotismo español un enemigo terrible que sepa, si llega el caso, vibrar el puñal de Bruto, o postrar en los campos de batalla el insensato orgullo de los invasores.

En los dias de la adversidad es cuando se conoce lo que valen las naciones. Es necesario hollar esa *travora* de la tiranía, que por do quiera pretende vomitar su veneno; estréchense los pueblos con lazos indisolubles, únase la América, para vengar los ultrajes que en el Perú le infiere una nacion, que ayer era la risa i el ludibrio de las naciones europeas.

Paréce haber llegado una hora suprema; una poderosa escuadra, cuyos planes se ignoran, se dirige al Pacifico; debemos estar alerta,.... ¿sabemos si mañana volverá a tronar el cañon

de Maipú i comenzará de nuevo la guerra de la Independencia?

Hoy mas que nunca son necesarias las virtudes cívicas, el valor i el sacrificio. No es un riesgo lejano el que nos amenaza. Lo que ahora sucede es que ha llegado el momento de defender nuestra patria i nuestras instituciones del mismo tirano, que nos esclavizó por el largo espacio de tres centurias; que está en peligro la obra de nuestros padres i que cada ciudadano debe estar pronto, para el día en que el clarín de los combates nos llame con el grito de guerra a nuestros antiguos opresores.

Si la lucha se abre, que nos halle en las lides, con el valor de los héroes i de los mártires i que ninguna mancha caiga sobre el pabellon que tan cubierto de gloria nos entregaron nuestros antepasados!

En estos días de recuerdos gloriosos no nos embriaguemos en el placer, como los romanos del imperio a quienes sorprendia el enemigo en medio de la embriaguez del opulento banquete; recorramos con la memoria los nombres de los que nos dieron patria i libertad, visitemos las estatuas de nuestros guerreros i reavivemos en nuestras almas el sagrado entusiasmo de nos animaba en los difíciles trances de su gloriosa vida.

Sepan los españoles, que aunque O'Higgins i San-Martín no existen, sus nombres bastan a hacer revivir el patriotismo i que sus virtudes no serán estériles, porque encontrarán numerosos imitadores entre los que se enorgullecen con su memoria!

Los grandes hombres pasan, pero los frutos de sus virtudes son eternos i el recuerdo de sus hazañas continúa produciendo héroes de jeneracion en jeneracion.—Ningun verdadero chileno desmaye al pensar en el porvenir, mire al pasado de su patria, i su espíritu latiendo con nuevo entusiasmo, esperará animoso futuros días de prosperidad i gloria.

Vivan los Padres de 1810! gloria eterna a los guerreros de nuestra independencia! Ahora que los regocijos populares, las salvas del cañon, las marchas guerreras celebran el aniversario de la Patria, todos aquellos que sean verdaderos chilenos, vuelvan la vista al pasado, i cuando con santo gozo recuerden el heroísmo de nuestros grandes patriotas, pueblen el aire con sus nombres, uniendo a ellos este enérgico grito, que parta de lo mas íntimo del corazón:

¡Viva la libertad!!!

E. DEL SOLAR.

17 de Setiembre de 1864.

A LA PATRIA.

CANTO.

Wache auf, du, edle Freiheit!
Ulric von Hutten
Despierta o noble libertad!

I.

O Chile, o Patria mia,
Nunca tu nombre profanó mi canto,
Que siempre saludó mi poesía
Con labio digno i con respeto santo.
Yo siempre te amé libre,
Yo siempre te bendije, honrada i pura
Como el amor del alma, patria mia,
I luché i padecí por tu ventura!
Si corrieron mis lágrimas,
Si alguna vez mis plantas vacilaron
I perdí la esperanza
De ver tu faz augusta,
Fué cuando se empaparon
En sangre de mil víctimas
Tus valles que corria la venganza,
Armando la ambicion su diestra injusta.

II.

Mas ¡ah! era tu imájen el bendito,
El íntimo consuelo
Del alma solitaria del proscrito!
Yo veía tu cielo,
Tu sol meridional me calentaba
I sentía sus rayos, donde quiera
Que mis pasos guiaba;
En las rejiones áridas del hielo,
En la lóbrega Albion o en la Austria esclava.
Que los que hemos nacido
Al pié de esta gigante Cordillera,
Cuya cuna han mecido
Los nobles ecos de cancion guerrera;
Los que no hemos tenido
Jamás otra bandera
Que la bandera del derecho humano,
No arrojamos la fé del Nuevo Mundo
En el nido servil de un cortesano
O de un déspota inundo;
Ni pensamos doblar nuestra rodilla
Ante ningun tirano.
Solo ante Dios el buen republicano
Postra su alma sencilla;
I solo ante la patria,
El cuello dobla i la cerviz humilla!

III.

No es de baja lisonja
Ni de brutal reuocor o vil mentira
El verso mio melodioso acento;
El amor de la patria es quien lo inspira.
Mi altivo pensamiento,
De patria i de arte, el idéal concibe
I donde vive el poeta el hombre vive.
Como una espada ardiente
Salga el verso valiente,

Desdeñando a esa turba miserable
Que postra humilde frente
I alma servil a la opresion culpable.
En el mas alto són, el canto vibre:
Voz del poeta i voz del hombre libre!

IV.

O Chile, o patria mia,
Ya en tu pecho viril la llama no arde
De la antigua enerjia?
Tiembla en tu pecho el corazon cobarde;
I tu bandera ocultas,
La bandera de tu época de gloria
Que tinó en sangre la última victoria
I al triunfo mismo con tu inercia insultas?
Qué! dudas de tu historia?
De esa época de gloria i patriotismo,
Los harapos inútiles nos quedan?
Los hijos de esos héroes,
Avaros de grandeza i de heroísmo,
Ni sus virtudes ni su esfuerzo heredan?
No hai nada en tí, no hai nada?
I crees que ya ha muerto
El antiguo valor, i que la espada
No podrán, ni la lanza, armas del fuerte,
Nuestros brazos blandir en campo abierto
I en él hallar o libertad o muerte?

V.

Es verdad, no se escucha
Estremeciendo el valle i la montaña
El cañon de la lucha.
Cesó el rujido del leon de España.
El erial de Maipú, tumba de bravos,
Hoi ostenta el primor de una campiña,
I allí, donde los siervos combatieron,
Hoi nacen ciudadanos i no esclavos;
Las espigas crecieron
I su curva raiz hundió la viña
En el mismo lugar en que vencieron.
Hoi el tostado labrador sus bueyes
Empuja sin temor, los granos echa;
I escasa o abundante, su cosecha
No está sujeta a leyes
Que el cofre llenan de rapaces reyes.
Es cierto, hai patria, hai patria;
I gracias a los héroes, el colono
Ascendió a ciudadano;
El pueblo es soberano,
La Lei, el cetro, la Justicia, el trono!

VI.

I bien! porque no truena
El cañon en tu suelo cultivado
Que rompe en hondo surco el férreo arado;
Porque Méjico, solo,
Presca inocente de la franca hiena,
Lucha tenaz, magnánimo, esforzado,
Contra el crimen i el dolo
Que a un imbécil Hapsburgo han coronado;
Porque, en sus hocas brenas,
Santo-Domingo ampara sus lejiones,
I despliega sus bélicas enseñas

Ora en bajas rejiones,
Ora en las altas peñas,
Fatigando i diezmando batallones
De invasores extranos;
Porque, alevé i siniestra
I renovando pérfidos amaños,
Nueva opresion, en el Perú, se muestra;
I en santo fuego inflama,
Fuego de libertad, todos los pechos,
Que a defender la patria i sus derechos
Arma a sus hijos i a la lid los llama;
I bien! porque no flota
Un pendon enemigo en tus fronteras;
Porque un látigo infame no te azota,
Sueñas, Chile, en ridiculas quimeras
I creyendo remota
La próxima invasion, tuerzes la vista,
I no ves cómo avanza,
Sórdida de codicia i de esperanza,
Arrastrándose impune la Conquista!

VII.

La Conquista! La América ultrajada
Por la Europa demente:
La ignominia insolente!
La Conquista! La noche horrenda i fria,
La noche oscura, en la mitad del dia!
La Conquista! La fiesta
Del crimen-rei i su lacayo el vicio!
América violada en el suplicio
Virjen del mundo a la irrision expuesta!
Súbdito ser de extraña monarquía!
¿Do está el Americano
Que no indigie ese nombre?
Quién, si tiene alma de hombre,
Ahorcará su alma con su propia mano,
Para ofrecerla al yugo,
Sierva de un rei o sierva de un verdugo?
Los pérfidos traidores
Que te insultan América, son viles
Traficantes del crimen i la afrenta,
Padres de bienas, hijos de reptiles,
Que el oro impulsa i que su fiebre alienta.
Ellos, esos traidores,
Tiemblan de tu justicia,
Divina Libertad, santo Derecho;
I proclama a los reyes su codicia
I ayuda a la Conquista su despecho.
Ellos, esos traidores,
Apariencia de amor dán a su encono,
Calumnian a tus nobles defensores,
Sublime Democracia,
República sincera,
De la eterna Justicia, digno trono,
En que la lei de Dios igual impera!

VIII.

O Chile, o patria mia,
I el crimen triunfa, el crimen adelanta
Ya la traicion impia,
En Méjico imperial, su triunfo canta.
Los conjurados déspotas,
Mercaderes de pueblos i de Imperios,

Han rifado la América
 I parten entre sí los Hemisferios.
 La víctima elejida
 Eres tú, o libertad, tú, la mas santa
 Luz del progreso humano;
 Tú, simiente de vida,
 Honra i virtud del mundo Americano!
 Tú, la Sibila austera
 De los héroes mas grandes;
 Tú, a quien el hombre como a un Dios venera,
 I de quien ara i templo son los Andes!
 I aun esperais, tranquilas o medrosas,
 Repúblicas de América?
 Aun el grito de guerra,
 El fuerte grito de épocas gloriosas,
 No suena en vuestra tierra
 Evocando lejiones numerosas,
 Desde el Plata hasta el Ávila,
 Desde Chile hasta Méjico,
 El nombre de la América ensalzando,
 Las glorias de la América invocando?
 Cómo es que no estremecen,
 Los ecos del clarin, el rauda viento?
 Cómo es que no se mecen,
 En las mismas rejiones
 I al clamor varonil del mismo acento,
 Las triunfantes banderas
 Que legó San Martin a tres naciones,
 Que Bolívar clavó en las cordilleras:
 Insignias respetadas,
 Por diez i seis Republicas
 En la América libre proclamadas?

IX.

Teneis miedo a la Europa? Envejecida
 La monárquica Europa está oprimida
 Por su orgullo fanático de casta;
 I educada por hábitos i leyes
 De antigua iniquidad, la sávia gasta
 De su fecunda vida
 Cambiando harapos i cambiando reyes.
 Se encenaga en la crápula,
 Al verse escarnecida;
 I estimula i aplaude
 Desfachatada al crimen,
 Cínica al vicio, i arrogante al fraude.
 Yo he visto a los que oprimen
 Edificar su trono en osamentas,
 I entre ruinas sangrientas
 Revolar su existencia a los que jimen;
 I yo he visto, en los fúnebres escombros,
 Caer a nobles mártires,
 I alzarse a los inicuos
 Con el manto imperial sobre los hombros!

X.

Qué haces, Francia, volcan de Ochenta i Nueve,
 Vija siempre alerta
 Del mundo intelectual, o Francia, qué haces?
 El orbe se conmueve
 I tú, en lecho opresor, dormida yaces?
 Sonó la hora: despierta!
 Toca la diana, o gran nacion, i atreve!
 Dónde está tu Tribuna, esa voz justa,

Defensora elocuente del Derecho?
 Do está esa inmensa puerta,
 Entrada de los pueblos, siempre abierta
 I siempre libre a la verdad augusta
 Que detesta el error i odia el cohecho?
 Allí, en esa Tribuna, resonaba
 La voz del Universo; en las tinieblas
 El rumbo del futuro señalaba;
 Los pueblos mas remotos,
 Los que viven al Norte i en las nieblas
 De la crasa ignorancia;
 El salvaje del Cáucaso,
 El blanco, el negro, el nómada,
 Allí enviaban sus súplicas i votos
 I todos exclamaban: Francia! Francia!
 De rodillas ahora
 Ante el crimen, al crimen i al perjurio,
 Tu brazo sirve i tu conciencia adora.
 Tus cuadrillas de zuavos,
 Fanáticos esclavos,
 Entran a sangre i fuego las ciudades;
 I la espada de Francia se convierte
 En puñal asesino
 Que trae a una República la muerte.
 I el crimen se divierte
 I Paris libertino
 I Paris rufianesco escancia vino,
 I en su oscuro burdel de iniquidades,
 Danzan ébrias i locas las maldades.
 Francia, jigante atado,
 Retorcerte te veo
 En tu abismo de cieno encadenado.
 Tus fuerzas ha enervado,
 Nacion esclava, el despotismo ateo.

XI.

I si luchas, América,
 Con la Europa tiránica i bastarda,
 De cien pueblos de Europa el brazo aguarda:
 Cien pueblos decididos
 Tus aliados serán i tus hermanos,
 Que se arman esos pueblos oprimidos
 Contra el mismo enemigo—los Tiranos.
 Cien pueblos! Cien cohortes,
 Marejadas titánicas,
 Que han de barrer con déspotas i Córtes!
 Un aliento divino rejenera
 A esos pueblos, i anima
 La humanidad entera.
 Del tiempo en la vorájine
 Sumérjense los siglos, i en la cima
 Del futuro, la aurora placentera
 De un sol de libertad el mundo alumbra.
 Las sombras se disipan,
 Ese esplendor magnífico destumbra
 A esos reyes efimeros
 I los pueblos esclavos se emancipan.
 Huye la furia de ambicion insana,
 Huye el odio, la guerra;
 Execrado el patíbulo.
 Como espectro del mal el crimen erra;
 I por la vasta tierra
 Los pueblos cantan el excelso Hossana,
 Gloria de Dios i redencion humana!....

XII.

Tú, el templo de esos coros celestiales,
 Tú eres, o libre América!
 Dios escucha, en tus selvas virjinales,
 Dios escucha, en tus rios,
 En tus montes bravios,
 En tus valles extensos,
 Que cruzan como indómitos rivales,
 Las águilas caudales,
 Blancas garzas i cóndores sombríos;
 Dios escucha, empapado en los inciensos
 De las flores mas puras,
 Empapado en los rayos que fulguras
 En ámbitos inmensos,
 Brillante sol de América;
 Dios escucha ese santo
 Himno de almas continuo,
 De pueblos libres, bendicion i canto!...
 ¡Cuál será, Republicas de América,
 En la nueva cruzada
 La heroína o la víctima primera?
 Todas! que a todas la Conquista osada
 Amenaza en su vida;
 Todas! que en todas la traicion espera
 Con mano parricida
 Matar la libertad, sembrar rencores,
 Entregar la Republica violada,
 La patria envilecida,
 A sus reyes protervos,
 I con tales señores
 Hacer, de pueblos libres, pueblos siervos!

XIII.

I dudais todavía
 Republicas de América?
 A las Armas! Unid vuestras banderas!
 Caduco despotismo,
 Caduca tiranía,
 Vienen a despertar nuestro heroísmo
 De naciones guerreras;
 ¡Ah! de aquella que yazga en su egoísmo!
 ¡Ah! de aquella que asista
 Muda al combate i trémula
 Rinda un fácil tributo a la Conquista!
 Todas con el mismo impetu
 Ocupad las gargantas i laderas
 I armadas inundad costas i llanos
 Con falanjes guerreras;
 Bajad como los rápidos
 Torrentes de las altas cordilleras,
 Pueblos Americanos
 I en sus ondas ahogad a los tiranos!
 A las armas! Unid vuestras banderas
 I venceréis! La historia
 Nueva hazaña en sus páginas
 Grabará i nueva gloria;
 De los primeros héroes
 Renovando el ejemplo i la memoria!

XIV.

Fértiles campos, fértiles riberas,
 Paisajes i colinas,
 Moles de nieve, cimas altaneras,

Cunas blancas de inánjenes divinas;
 Sublimes cordilleras,
 La luz en vuestras cumbres amanece,
 La inmensidad de Dios allí aparece!
 No vengo aquí, colosos de granito,
 A alzar estéril canto;
 Ni a ocultar con la cólera el espanto
 Nvuelto en los disfraces del delito.
 Poeta i hombre, en frente
 De vosotros, yo subo con la mente,
 A la verdad mi espíritu levanto,
 Su espacio no limitó;
 I si a mi patria canto
 El por venir de América medito!

XV.

O Chile, o patria mia!
 La noble frente eleva,
 Mueve el brazo robusto,
 Sosten a la Republica en la prueba
 I halle tu espada el agresor injusto.
 Si a lucha i guerra tu coraje incito,
 Si ante tu faz evoco
 Los grandes hechos que la historia ha escrito;
 Si admirando tus héroes los invoco,
 Tu amor es quien me inspira,
 Tu amor es quien inflama,
 En mi pecho viril, la noble llama
 De patriótico ardor que enciende la ira.
 Ya trueno mui cercano
 El cañon invasor: ¿i quién no mira
 Una afrenta en la afrenta de un hermano?
 Quién no vé tu Derecho
 I el Derecho del mundo Americano,
 Hollado por la afrenta
 Por el insulto herido,
 Como cosa perdida puesto en venta,
 Pobre herencia de un mundo envilecido?
 O patria, en tu mejilla,
 No sientes, i en tu pecho,
 Rubor que ofende i altivez que humilla?

XVI.

O patria, si no amáras
 Tu santa libertad ¿para qué entónces,
 De tus héroes, la efíjje eternizáras
 En inmortales bronces?
 Qué Dios, en esas aras,
 Acata i reverencia el patriotismo?
 La Libertad! la madre inspiradora
 De los hechos magnánimos;
 La Libertad! terror del despotismo
 Atada siempre i siempre vencedora!
 O patria, si no amáras
 Tu santa Libertad ¿quién osaría,
 El nombre de tus héroes,
 Celebrar con los himnos de la gloria;
 Si era solo esa gloria una ironia
 Para insultar su nombre i su memoria?
 ¿Habrias tú vaciado
 En bronce eterno la marcial figura
 De Freire, el impertérrito soldado;
 De San Martín enérgico i valiente,
 La vigorosa talla en la escultura;

I de Carrera, el húzar denodado,
 La actitud imponente;
 I dejarlos allí en sus pedestales,
 A ellos, nuestros héroes inmortales,
 Cautivos en su bronce eternamente?
 A ellos, que supieron
 Ejércitos crear de ciudadanos;
 A ellos, que a sus déspotas vencieron,
 A ellos, que la República nos dieron,
 I una patria feliz, patria de hermanos?

XVII.

Mas no, dignos patriotas,
 No magnánimos héroes,
 Que Chile esculpe en bronce inmortales,
 Que ensalzará las épocas remotas,
 En vuestros pedestales
 Héroes siempre sereis, dignos patriotas!
 Los gruesos eslabones
 De las cadenas rotas,
 Ya son, en nuestras manos,
 Espadas i fusiles i cañones;
 Ya son armas de libres ciudadanos
 I estos, pueblos-lejiones
 Para arrollar a esclavos i a tiranos.
 Allí, en vuestras estatuas,
 Altares de la patria i monumento,
 Los pueblos, venerando vuestros nombres,
 Irán a renovar el juramento
 I a pedir constancia i noble aliento,
 Fé eterna en la República,
 Dignidad de patriotas, valor de hombres!
 Allí, en vuestras estatuas,
 Todos vemos la imájen,
 La imájen de la América,
 I la ultrajan aquellos que os ultraje
 Si la Europa tiránica
 A América condena
 A nuevo oprobio i bárbara cadena;
 Si la conquista avanza,
 Sórdida de codicia i de venganza;
 Héroes de Chile, entónces,
 En faz de guerra, bajen
 Hombres gigantes los gloriosos bronce!
 I vuestra voz despierte
 A nueva ucha heroica
 Los viejos batallones de la Muerte.
 I otra vez a los déspotas,
 Prueben Chile i la América
 Que si hai coronas cívicas
 I estatuas para bravos,
 Ni para reyes hai ni para esclavos!

XVIII.

O Chile, o patria mia!
 I el crimen triunfa, el crimen adelanta.
 Ya la traicion impta,
 En Méjico imperial, su triunfo canta!
 Los conjurados déspotas,
 Mercaderes de pueblos i de Imperios,
 Han rifado la América,
 I parten entre sí los Hemisferios.
 La victima elejida
 Eres tú, o Libertad! Tú, la mas santa

Luz del progreso humano!
 Tú, simiente de vida,
 Honra i virtud del mundo Americano!
 Tú, la Sibila austera
 De los héroes mas grandes!
 Tú, a quien el hombre como a un Dios venera,
 I de quien ara i templo son los Andes!
 I aun esperais, tranquilas o medrosas,
 Republicas de América?
 Ea! el grito de guerra,
 El fuerte grito de épocas gloriosas,
 Resuene en vuestra tierra,
 Evocando lejiones numerosas,
 Desde el Plata hasta el Ávila,
 Desde Chile hasta Méjico,
 El nombre de la América ensalzando,
 Las glorias de la América invocando!
 Los ecos del clarín pueblen el viento
 I en las mismas rejiones
 I al clamor varonil del mismo acento,
 Formen las democráticas lejiones;
 I flameen unidas las banderas
 Que legó San Martín a tres naciones,
 Que Bolívar clavó en las cordilleras:
 Insignias respetadas
 Por diez i seis Republicas
 En la América libre proclamadas!

GUILLERMO MATTA.

Setiembre de 1864.

(Este canto se ha publicado tambien por la Imprenta de la VOZ DE CHILE, en un cuaderno separado, para venderse i dedicarse su producto al fondo que la Union Americana ha destinado para mesadas de las familias de los voluntarios chilenos que fueron en el DART al Perú.)

ECOS PATRIÓTICOS.

(IMITACION DE CANTOS POPULARES.)

CORO DE ANCIANOS.

Hoi es el dia de la patria.
 Alzemos al cielo el himno de los buenos i
 nuestros corazones palpiten de nuevo con el
 ardor de las pasadas batallas.
 Nuestros brazos están cansados; las armas
 son ya pesadas para ellos. Pero nuestra voz
 puede ser todavia como el aliento de la tem-
 pestad i puede inflamar a los pechos jóvenes
 en el puro entusiasmo de la democracia.
 Nosotros hemos combatido.
 La sangre de nuestras venas ha humedecido
 el suelo bendito de la patria. Hemos visto morir
 a nuestros hermanos i morir bendiciendo el
 sacrificio a la sombra de la bandera tricolor.
 Los ecos de la guerra atronaban el espacio;
 vapor de sangre noble derramada en el ara de
 la libertad, humedecia el aire; nuestros her-
 manos caian por todas partes; pero aparecían
 nuevos guerreros i combatían con igual cons-
 tancia.

Muchas veces hemos visto oscurecerse el cielo; hemos oído sonar las cadenas remachadas en nuestros pies; hemos sentido sobre nuestras frentes la mano de hierro de la tiranía; hemos visto a la imájen de la patria llorar arrodillada sobre los jirones de sus banderas.

Los años eran siglos.

Los siglos pasaban i a veces se detenían para contemplar atónitos el heroísmo del esclavo.

Los siglos pasaban i envolvían en los múltiples pliegues de su manto el eco jemebundo de la esclavitud.

Los siglos pasaban i una vez vimos aparecer por la cima de los Andes una claridad misteriosa.

Tronó de nuevo el cañon i los Andes se colorearon con la luz de una aurora.

Salvamos a la patria; murieron nuestros hijos i nuestros hermanos, pero desde las crestas de los Andes se derramó por toda la República la luz de un sol que pulverizó con sus rayos a los enemigos de la libertad.

Era el sol de Setiembre; el sol eterno de la independencia.

Los rayos de ese sol han venido a calentar de nuevo nuestros corazones helados por los años.

Que las nuevas generaciones sacudan su posturación, que eleven sobre el mundo entero la bandera tricolor de la República, que juren a una voz no dejarla manchar jamás por el alien-to impuro del monstruo de la monarquía!

¡Bendito sea el día de la patria!

II.

CORO DE JÓVENES.

¡Gloria eterna a la bandera de la República!

Juremos, con la mano puesta sobre el ara de la patria, conservarla pura i gloriosa como nuestros padres nos la legaron.

Nuestro brazo es fuerte, nuestra sangre hierve de energía; la fé nos hará invencibles como las heroicas falanjes de la juventud romana.

El pasado nos contempla con toda la majestad de su gloria i nos señala el rumbo de la libertad.

El porvenir espera que lo empujemos para abrirse grande, inmenso, i repartir la luz en todos los ámbitos del globo. La historia prepara sus pájinas para llenarlas con nuestras hazañas.

El presente es nuestro.

Alzemos de una vez el brazo vengador: descarguemos el golpe terrible sobre el monstruo de la tiranía; reguemos con su sangre el árbol sagrado de la libertad.

Las sombras de nuestros padres temblarán de vergüenza i se alzarán indignadas el día

en que nuestra cobardía deje cargar de cadenas la imájen de la República. Nuestros hijos nos maldecirán cuando abran sus ojos en las tinieblas de la esclavitud.

¡Cifemos nosotros a la frente virjinal de la América la espléndida corona de los libres.

Hagamos de la América republicana la patria de todos los pueblos.

Que sea la América democrática el arco-iris de la humanidad.

Que la bandera de la América cobije bajo su sombra bienhechora la paz de todo el mundo.

Que todos los tiranos hallen en los Andes el sepulcro de sus iniquidades, i que sea la América libre i unida la nueva Jerusalen del universo.

Dios bendecirá nuestras armas, Dios protegerá nuestra causa, Dios combatirá con nosotros en las batallas contra el despotismo.

Coloquemos sobre la cumbre de los Andes el trono sagrado de la libertad: consagrémosle el incienso de nuestros corazones i entonemos a su sombra el himno del porvenir.

¡Bendita sea la libertad!

III.

CORO DE ESPOSAS.

Nuestras madres nos enseñaron el camino de la gloria. Sigamos la senda luminosa que ellas nos trazaron.

En otros tiempos, en los tiempos de lucha i de sacrificios, las mujeres no lloraban oyendo resonar el cañon del combate. Las mujeres eran también héroes i sabían morir en el martirio de la libertad.

El ardor de las madres se trasmitía a los hijos en la leche de su seno. Los criaban para la patria, los educaban para la guerra, i el hijo que no salía a combatir era un mal hijo.

Las esposas enardecían con su amor el santo entusiasmo de sus esposos. Cuando el clarín nacional tocaba la diana de batalla, ellas mismas ponían el fusil en el brazo de sus esposos, i el esposo que no salía a combatir era un esposo maldito.

Seamos como ellas; seamos grandes, vivamos para la libertad.

Que el fruto adorado que se ajita en nuestras entrañas se alimente en ellas con las dulces inspiraciones del amor a la patria.

Que sus lecciones en la infancia sean las hazañas de nuestros héroes contadas por nuestras bocas.

Que su adolescencia sea ardiente como el rayo, libre como los cóndores de la cordillera.

Que su virilidad sea robusta para que defiendan a la patria, para que hagan prosperar

el suelo querido donde sus madres han medido su cuna.

Que su ancianidad sea bendita por las nuevas generaciones, para que su muerte sea llorada por la patria, i su tumba sea consagrada por la gratitud de la posteridad.

Enseñemos a nuestros hijos que amen a su patria, porque el hijo que no ama a su patria no ama a su madre.

IV.

CORO DE NIÑOS.

¡Bendita sea la voz de nuestras madres! Así era la voz que oían los niños de otro tiempo. I los niños eran valientes porque sus madres no los querían cobardes.

Abandonemos nuestros juegos inútiles.

En vez de correr i de gritar por las calles reunámonos en el secreto de nuestro pacífico hogar i oigamos referir lo que hacían los niños de nuestra edad cuando sus padres i sus hermanos iban a pelear a los campos de batalla.

Aprendamos las canciones que ellos cantaban cuando las campanas de las iglesias anunciaban una victoria o cuando se alistaban batallones para defender la bandera tricolor.

Seamos fuertes, hagámonos invencibles, para defender el techo que guarda a nuestras madres, cuando los reyes insolentes nos amenazen con la iniquidad de sus invasiones.

Ellas velaban nuestra infancia; velemos nosotros su ancianidad.

¡Felices los que pueden combatir!

Felices los que son el sosten de la patria!

Felices nosotros que somos su esperanza!

V.

CORO DE VIRJENES.

Hoy es el día de la patria.

En otro tiempo el Dios de la guerra paseó por todos los ámbitos de América su tea victimaria.

Los mares, los valles i las montañas fueron alumbrados por el siniestro reflejo de su luz i el manto sombrío de ese Dios cubrió los hombros virjinales de la patria.

Los labradores i los artesanos cambiaban sus herramientas en armas de pelea; los niños de las escuelas jugaban a los combates; los viejos trasmitían a sus hijos las armas que ellos no podían ya manejar.

Cantos guerreros eran las canciones con que las madres dormían a sus hijos en la cuna. Los niños que nacían eran arrullados por el eco del cañón i respiraban en atmósfera de humo.

Los jóvenes señalaban a sus amantes el cam-

po de batalla, ponían su corazón a precio de combates i ellos partían llenos de ardor a morir por su bandera.

El mejor regalo de boda era un jirón del estandarte enemigo, cuando el Dios de la guerra pedía a la patria desmembrada el sacrificio de sus mas preciosas vidas.

Ahora los tiempos son otros; pero cuando la patria está en peligro, los esfuerzos por salvarla deben ser los mismos.

Odiemos a los cobardes; cerremos nuestro corazón para los malos patriotas.

Amemos a los valientes; avivemos en su corazón el fuego santo del patriotismo. Ciñámonos con nuestras manos la espada del combate, para que no la rindan ante el enemigo.

Tejamos guirnaldas i coronas para adornar sus frentes abrasadas cuando vuelvan del combate vencedores i cubiertos del polvo de la gloria.

Oremos por los que mueren por la patria i demos nuestro corazón a los que combaten por ella.

¡Benditos sean los que combaten por la patria!

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Setiembre de 186A.

AL PUEBLO.

El pueblo no es 'el mónstruo que, sediento

De sangre i de pillaje,

Contra todo poder blasfema i quiere

El tesoro arrancar del opulento,

I cebo dar a una ambición salvaje!

No es el pueblo el que vibra

El sangriento puñal de Catilina,

Ni el que aplaude a Marat, impura biena,

Que el ansia ajita de matanza i ruina,

I que a su patria de vergüenza llena!

Ni es el pueblo una turba imbécil, ruda,

Falta de honor, de majestad desnuda,

Que se arrastra a las plantas del tirano,

I cual misero siervo,

Inclinada la sien, besa su mano.

No es ese el pueblo, no! de Dios imájen

Se dá sus propias leyes,

I, señor absoluto i soberano

Al mando eleva Cónsules i Reyes,

El les da su poder, les encomienda

Sus destinos en tanto que le place,

Mas no en perpetua ofrenda.

¡Maldito el que se erija

En Señor de los pueblos que son libres

I sus destinos a su antojo rija!

El puñal de un patriota

Hirió de César el valiente pecho,

Porque olvidando su pasada gloria
 Un trono alzó en el Capitolio augusto
 I echó un borron a la Romana historia:
 Así perezcan todos los tiranos
 I ballen en su carrera
 Pechos republicanos
 Que en Bruto aprendan la arrogancia fiera!

Mas, tu grandeza, o pueblo,
 Estriba en tu virtud;—si falto de ella
 Quieres alzarte, te hundirás, perdida
 La blanca luz de esa brillante estrella
 Que no vuelve a brillar si fué extinguida.
 Sin fé, sin patriotismo,
 Tus hijos huirán la noble lucha,
 Presa el alma de sórdido egoismo:
 Les será rudo el casco,
 Fatigoso el corcel, la lanza dura,
 I faltos de pujanza i de enerjía
 Arrastrarán una existencia oscura
 Sin comprender su dignidad ni un dia!—
 I estenderá en la tierra
 Su imperio la maldad, su sombra el crimen,
 I tenderá su vuelo emponzoñado,
 Sembrando ruinas i clamando guerra,
 La bacante feroz de la Anarquía.

Pueblo, tus pasos la virtud dirija,
 Ella tu norma en tu camino sea;
 Si en paz, tu fé i aspiraciones rijan;
 Tu guerrero valor, si en la pelea.

Grecia es grande i virtuosa
 Si prodiga en los campos de Plata
 Su sangre jenerosa,
 Por conservar su libertad luchando
 Con firme pecho en la feroz pelea!
 La admiro en Maraton: su ilustre gloria
 Me deslumbra en Termópilas, si busco
 En su brillante muerte su victoria!
 No así te miro, o Grecia, cuando atada
 Al carro vas del vencedor Romano;
 I en mas remotos siglos
 Te envilece el estúpido otomano!
 Fué tu grandeza a tu virtud unida,
 Tus cívicas virtudes te ensalzaron!
 Mas ¡ai! despues tus vicios
 A esclavitud eterna te entregaron!

O Roma, o gran República!
 Cuánto me duele tu aflijda suerte!
 Grande como tus triunfos fué tu ruina,
 Grande como tu gloria fué tu muerte!
 Te entregaste a merced de tus tiranos,
 Que vertieron la sangre
 De tus mas distinguidos ciudadanos,
 I por unir la infamia a la miseria
 Te dieron a beber tu sangre propia
 En los circos, los juegos, los festines;

E infatuada en tus triunfos
 Aun los fuiste a aplaudir en sus jardines.
 Te rijeron imbéciles, Nerones,
 I torpes prostitutas;
 I mientras se embriagaban tus lejiones
 En insensata orjía,
 Aprestaban los bárbaros su lanza,
 Herían sus bridones,
 I entonaban sus himnos de manzana
 En salvaje, fatídica armonía!

Leccion funesta, inexorable i dura!
 En la cierta balanza
 De la eternal justicia, mas pesaron
 De la ciudad impura,
 Los crímenes que el bien, i airado el cielo
 La entrega a eterno llanto, a eterno duelo.
 Tal Babilonia un dia,
 Cuando su rei cobarde reposaba
 En brazos de sus libres concubinas
 I entre el ruido sonoro de las copas
 Sus provincias al Persa abandonaba:
 Ve en la pared escrita
 Por invisible mano en ígneas letras
 Su destino fatal, su fin cercano,
 Pues la torpe ciudad está maldita
 I maldito su rei, su templo i ara,
 I en el abismo Dios la precipita.

Pueblo, tu escudo es Dios!—El tu destino
 Rije, i puede ensalzarte, i tu cabeza
 De laureles ceñir, i en tu camino
 Apartar la maleza:
 El, el supremo árbitro del mundo,
 Eavilece o levanta las naciones;
 El, que en el seno de la mar profundo
 Hundió a los Faraones!
 Suyos los orbes son, suyos los pueblos!
 I el pueblo dependiente i soberano
 Que se da leyes i su imperio ejerce,
 Es la imájen de El.—Por eso odia
 I condena al tirano;
 Por eso nunca inclinará su cuello
 A recibir el vergonzoso yugo!
 I ¡ai! del que intente reducirlo al crimen,
 I ¡ai! del que ser pretenda su verdugo!

CARLOS WALKER MARTINEZ.

Setiembre de 1864.

A LA ESTÁTUA

DEL JENERAL DON JOSE MIGUEL CARRERA.

Audaz guerrero de la patria mia,
 Sacude el bronce que te irrita inerte;
 Haz lucir en tus ojos la osadía
 Con que supiste desafiar la muerte;

Deja tu pedestal,—la Monarquía
 Con sus ciegos lacayos se cree fuerte,
 I manda sus castillos i leones
 A conquistar de nuevo estas rejiones.

Alienta, Jeneral,—vibre tu espada
 Que fué el terror de esbirros estanjeros;
 La América inocente está ultrajada;
 Un oscuro agresor huella sus fueros;
 La libertad con sangre conquistada,
 Hoi es escarnio vil de aventureros....
 Lánzate de una vez en la pelea,
 I el leon de España escarmentado sea!

Tú que has regado con tu sangre pura
 La tierra de los libres i los bravos;
 Tú, el primero en rasgar la vestidura
 De esos que fueron míseros esclavos;
 Tú, mártir de la envidia mas impura...
 Rompe del ataud los férreos clavos,
 I enséñenos tu sombra tan querida,
 Como se da a la Patria hacienda i vida!

Despiértenos tu voz,—porque vivimos
 Durmiendo en los laureles de tu gloria;
 Porque, ciegos de error nos dividimos
 Escusando la lid i la victoria;
 Inspírenos tu fé, que incautos fuimos,
 Renegando talvez de nuestra historia,
 I, en criminales luchas contra hermanos,
 Dimos fuerza i valor a los tiranos.

Despiértenos tu voz, porque se intenta
 Que doblemos al trono la rodilla,
 Intento vil que, sin rubor, ostenta
 La cortesana Reina de Castilla....
 Cómo sufrir nosotros tanta afrenta,
 Sin que brote la sangre en la mejilla?....
 Cómo sufrir que el invasor inundo
 Arrée un pabellon del Nuevo Mundo?....

Los hijos, como yo, de tus soldados,
 Que orgullosos contamos tus campañas,
 Que fuimos en la cuna deslumbrados
 Con el brillo inmortal de tus hazañas....
 Nosotros ¡ai!... nosotros amarrados
 Al trono mujeril de las Españas?....
 Mil rayos ántes lo consuman todo,
 I elévese en la ruina el reino godol!

Pero, no será así—Mientras aliente
 El libre corazon dentro del pecho,
 Podremos disputar al insolente
 La americana tierra trecho a trecho,
 La raza de los libres es valiente,
 Se apoya en la justicia i el derecho...
 Atras!—atras, piratas invasores!
 Guerra al cobarde!—muerte a los traidores!

Atras, los Reyes que la Europa cria,
 Esclavos del error, del crimen mismo;

Su grandeza real, es la falsía—
 Su brillante poder, el fanatismo—
 Sus pueblos, son sayones que a porfía
 Matan la libertad i el patriotismo....
 Atras los reyes de la esclava Europa,
 Que en sangre tiñen su purpúrea ropal

La América del sur hoi se levanta
 Ardiente, varonil, grande i serena;
 El ruido del cañon ya no la espanta,
 Ni tirano ninguno la encadena;
 La libre trova de sus bardos canta;
 Con sus fastos de gloria al Orbe llena....
 La América del Sur acepta el duelo....
 Ampárela en la lucha el Dios del cielo!

Alienta, jeneral, un solo instante,
 Que a combatir la Patria te convida:
 Ven,—la América de hoi está arrogante,
 Ama mas el honor que ama la vida:
 Nuestra hermana, el Perú, como un gigante,
 Va a lanzarse en el mar enfurecida;
 Su triste humillacion, o su victoria,
 Será nuestro baldon o nuestra gloriail

Despierta, jeneral,—dános tu aliento,
 Que avanzan en tropel los invasores;
 La América del Sur dará escarmiento
 A soberbios Monarcas i a Señores:
 Su pabellon glorioso flota al viento,
 Ya se siente el batir de sus tambores;
 Al combate!—a morir como los bravos....
 Que vale mas morir que ser esclavos!

V. MAGALLANES.

Setiembre de 1864.

LA SALVA.

¡Es el sol de la gloria! el sol de Chile
 Que vistió con su luz esplendorosa
 A la patria desnuda;
 Por eso al asomar su luz gloriosa
 El cañon de la patria lo saluda.

Es el cañon de Maipo que rompiendo
 Los escombros que ocultan el pasado,
 Los Andes en su base estremeciendo,
 Nos recuerda al presente
 Que si somos un pueblo independiente,
 Es un crimen inicuo
 Dormir en la inaccion del egoismo,
 Mientras otros pueblos en pelea insana
 Sucumben con patriótico heroismo
 Por defender la causa americana.

Oh! truenas, sí, cañon de nuestras glorias;
 Mas, no anuncies como ántes

El júbilo de espléndidas victorias,
Lleva tu trueno a pueblos más distantes,
A mas lejanas zonas;
Atraviesa la América,
I de Europa los ámbitos recorre
Estremeciendo tronos i coronas.
Los imperios despóticos ajita
I envuelve en tu humo denso
Esa oprobiosa púrpura maldita
Que se visten los reyes
I que adoran humildes los esclavos,
Su baldon devorando
I el fuero de los pueblos ultrajando.

Dile a Santo Domingo, el pueblo mártir
En la frente escupido,
Por déspotas infames maniatado,
Por sus hijos vendido,
Que siga denodado
Peleando con valor como ha peleado;
Que el Dios de la justicia i de la gloria
Al fin coronará sus esperanzas.
Que no deje sus bosques,
Que aguze chuzos, que improvise lanzas,
I que si al fin sucumbe a los azares
De su lucha gloriosa,
Que incendie sus hogares,
I que sirva la luz de sus escambros
Para alumbrar la afrenta
De sus crueles inicuos opresores;
I sirva como tea funeraria
Alumbrando con vivos resplandores
El sacrificio horrible consumado
En el ara sagrada de la patria.
Dile que desde Chile
Se maldice también a sus tiranos,
I que en su lucha dile
Lo acompañan los buenos ciudadanos
Los que sufren con ellos, los hermanos.

Dile a Méjico, el pueblo desgraciado,
Que luche siempre con igual constancia
Hasta ver derrocado
Al monarca mendigo coronado
Aborto del monarca de la Francia.
Que se agrupen sus pueblos
En torno a su bandera ensangrentada,
La bandera de Puebla,
I la sigan jornada por jornada,
Aterrando cobardes i traidores
I exhortando a los buenos;
I alzada por sus héroes vengadores
Tremole la bandera mejicana,
Coronando la empresa,
Donde hoy, para baldon, tremola ufana,
Enseña de traidores la francesa.

Dile también que luche a la Polonia,
Que luche i que sucumba;

Que vale mas muriendo con denuedo
La cara patria convertir en tumba.
Mas vale en el martirio
Sucumbir a la déspota cuchilla
Muriendo de la patria en el santuario,
Que doblar con oprobio la rodilla
Ante el chacal de Rusia sanguinario.

Dile a Venecia i a la noble Hungría,
Dile a todos los pueblos oprimidos
Que talvez no está lejos el gran día
En que se alzen los pueblos redimidos.
Que allá en el fondo oscuro
Que guarda los designios del futuro,
Se empieza a traslucir una luz vaga
Que alumbrá de cien tronos los pedazos,
I sobre ellos cien pueblos
Estrechándose libres en sus brazos.
Oh! ya el mundo bastante se ha regado
Con sangre jenerosa,
Sangre que el sol de libertad orea;
Ya las víctimas bastan;
Van pasando los tiempos del soldado,
Porque llegan los tiempos de la idea.

Oh! truena, sí, cañon de nuestras glorias
I anuncian como ántes
El júbilo de espléndidas victorias.
Destella, oh sol, tus rayos rutilantes;
La patria que desnuda
Viste sin armas con valor luchando,
Hoy libre, independiente, despertando
Con su cañon glorioso te saluda.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Setiembre de 1864.

APARICION

DE MANUEL RODRIGUEZ EN 1817.

La tierra está sombría, húmedo el clima;
Entre huracanes implacables llueve,
I el Andes con su túnica de nieve
Cubre su falda i cima.
La senda peñascosa se ha borrado;
La huella del mortal cubrióla el hielo,
I un hombre está de pié e impreca al cielo
Sobre un risco nevado.

Es misionero de una santa guerra;
Es precursor de luz i de bonanza;
Trae al hogar desierto la esperanza
I el rayo no le aterra.
Lo conjura en la nube sin desmayo,
Apacigua en su frente la tormenta,
I en vano detener su paso intenta
Ni tormenta ni rayo.

Avanza, avanza, impávido, altanero,
 I trepa silencioso a la alta cresta,
 Su cabeza gentil, gallarda, enhiesta,
 Su rostro placentero.
 Llega a la cima, absorbe su mirada
 Cuanto la patria oculta de doliente....
 I audaz inspiracion en su alma siente,
 En su alma arrebatada!

I veloz como rápido torrente,
 A los valles desciende i a los rios,
 I se alberga en los bosques mas sombríos
 El héroe independiente.
 I llega a los dinteles del poblado,
 I alienta el alma del esclavo triste:
 Que a su iman poderoso no resiste
 Ni el pecho acongojado.

La forma varia de figura estraña
 A la esperanza sus colores presta;
 Quien le ve aparecer en la alta cuesta
 O en la áspera montaña.
 La pasion de la patria se enaltece;
 El corazon renace en su derecho,
 I en el asilo noble de su pecho
 Dulce ilusion se mece.

El pueblo se alza; álmase la tierra,
 Un jénio la remueve con su aliento:
 Ya en belicoso sun remeda el viento
 Un cántico de guerra.
 I el alma del tirano se amedrenta,
 Una sombra circunda su morada,
 En la tarde, en la noche, en la alborada,
 I con el sol se ahuyenta,

Deja de luz espléndido reguero
 I de fé lleva espléndido tesoro,
 I el Andes cruza cual fugaz meteoro
 El santo misionero.
 I queda la memoria de su hazaña,
 I su nombre en el pueblo bendecido,
 I el pánico en el pecho entumecido
 Del déspota de España!

J. N. E.

UNA ESCENA SOCIAL.

I.

Era la tarde del dieziocho de setiembre del año 18...
 El paseo de la alameda presentaba un brillante i pintoresco cuadro que hacia recordar los fantásticos cuentos de las leyendas orientales. La multitud inmensa que paseaba; las elegantes santiaguinas adornadas de flores i vistosos trajes; los altos álanos vestidos de pompa i verde follaje, los coches que en las calles laterales de este espléndido paseo cruzaban en todas direcciones; las estátuas i pilas que entre los árboles aparecían; a lo lejos dominando el paseo la vista de los Andes que

elevaban sus nevadas cimas, destacando sus majestuosas moles sobre un fondo de naranja i azul claro; la música que poblaba el viento de bellas armonías; las palabras que se cruzaban, el perfume que se respiraba, la agitacion i la alegría que se dejaban ver por do quiera; i las banderas i gallardetes tricolores que adornaban la alameda en toda su estension i se mecian blandamente: todo impresionaba el alma, hería la imaginacion de tal manera, que parecia un sueño, una vision encantadora, un celestial laberinto de tules, de árboles, de perfumes, de hermosura, de miradas i de armonía.

Añádase a esto la hora, pues ya el sol se había hundido en las montañas de la costa, i dominaba la suave luz del crepúsculo; i se tendrá una idea aunque no exacta de la bellísima tarde del dieziocho de setiembre.

Entre los muchos bienes que nos ha traído nuestra emancipacion de la madre patria, bien merece contarse el paseo de la alameda en los dias de setiembre. Entónces es cuando se conoce el esplendor de nuestra capital, i cuando Santiago se presenta en toda su grandeza, en toda su hermosura. Los provincianos se llenan de satisfaccion al hallarse en Santiago en esos dias; los extranjeros confiesan que pocos paseos hai en las ciudades europeas superiores a nuestra alameda que con razon se le ha llamado *paseo de las Delicias*; i los hijos de la capital vamos a buscar en la alameda en las tardes de setiembre, o un amor correspondido, o una mirada furtiva, o una esperanza lisonjera. I así los provincianos, los extranjeros, los santiaguinos, concurren a la diversion comun.

Yo, a fuer de buen patriota, estudiante de la capital, a las seis de la tarde de ese dia, me dirijia por la calle de la Bandera al paseo; cuando encontré a mi antiguo amigo Alberto, i juntos ambos, pues llevábamos la misma direccion, seguimos nuestro camino. Iba tan elegante, tan perfectamente vestido, que me movió la curiosidad de preguntarle cual era la causa de tanta elegancia.

—Mi felicidad, me respondió.

—Tu felicidad?... díjele, tu felicidad hace de tí un completo dandy?

—Es que amo i soi correspondido, me respondió Alberto, brillando en sus ojos la mas expansiva alegría.

—Cuéntame.

—He hallado el ideal de mis sueños, he visto trocadas en realidad mis mas bellas ilusiones.... oh! mi amigo, soi completamente feliz. Antes no creia que pudiera hallarse la felicidad en esta vida; ahora sí; lo creo—I en mi mismo tengo un ejemplo de ello.

—I quien es la mujer que te ha inspirado tan ardiente pasion?

—El anjel, di...

—Pues, entónces, quién es ese anjel?

—Luego que la encontremos en la Alameda te la mostraré; i tú me perdonarás que te deje, porque ella ocupa todos mis pensamientos i sabes lo que es estar enamorado!

Nos hallábamos ya en medio del paseo, i pocos pasos habíamos dado cuando Alberto deteniéndose me dijo:

—Abí va.... mírala....

I se alejó rápido de mí i se dirijió a un grupo que iba en direccion opuesta.

En efecto, habíamos encontrado a la jóven que él llamaba anjel: era alta; su tez algo morena, de esmero delicado, don precioso de las sud-americanas; llevaba sus negros cabellos sujetos a un elegante peinado; su traje era color claro; i caía de sus hombros con gracia, formando anchos pliegues, un manto árabe, de esos que estuvieron tan en moda i que tanta majestad daban a las mujeres hermosas.

Iba acompañada de otra jóven, hermana menor suya; i algo detrás seguían sus padres, acompañados también de un jóven que representaba treinta años, i que, según lo supe despues, le habia sido presentado el mismo día.

Mi amigo Alberto paseó toda la tarde con Elvira, que en el nombre de su amada; i yo pude notar bastante contento en él i en ella, señal infalible de que mi amigo era en verdad correspondido por Elvira.

Felicidad, exclamé, al fin se te puede hallar en el amor de una mujer! I de veras que envié el destino de Alberto; i a ser menos filósofo, o mas iluso, de seguro que esa tarde me habia enamorado perdidamente! Es una enfermedad tan contagiosa el amor!—

II.

Estaba el teatro esa misma noche lleno de espectadores que esperaban impacientes la subida del telon. Eran ya mas de las ocho, i en el patio comenzaban a espresarse con golpes las señas de impaciencia del público: los *dandys* del patio encontraban en sus gemelos que dirijian a los palcos, con mas o menos prudencia i miramiento, una agradable distraccion i modo de esperar. I en verdad que hacían bien en usar así de los gemelos, pues todos los palcos estaban tambien llenos de lindas niñas, i en ellos se hallaban todas las notabilidades del bello sexo Santiaguino. Vestidas en jeneral de blanco, i adornadas las cabezas con camelias i rosas blancas o laeres, hacian de cada palco un ramillete donde a la belleza de los negros ojos de nuestras bellas, se unia la belleza de los trajes.

En uno de los palcos de la derecha se veia a Alberto i Elvira, que el uno al lado del otro, en una animada conversacion parecían olvidados enteramente de cuanto pasaba a su alrededor. Elvira estaba bellísima; i en los ojos de Alberto se leia el ardiente amor que abrigaba. Mas de un elegante del patio hizo notar a sus compañeros la escena que tenia lugar entre Alberto i Elvira, i concluyeron todos creyendo firmemente que el amor era mutuamente correspondido, i algunos se aventajaron a decir que no tardarian mucho en celebrarse las bodas.

Asi entregados los unos a sus amores, los otros a sus observaciones, i la mayor parte fastidiados de esperar, se pasaron algunos momentos, hasta que la campanilla dió la señal de levantarse el telon.

I el telon se levantó, en efecto, descubriendo el proscenio.

El cuadro que apareció a los ojos del público fué magnífico. Estaba el proscenio lleno de los oficiales de la guardia nacional, que formaban vistosos grupos, i dejaban en medio a los primeros artistas de la compañía lirica que se adelantaron a cantar el himno nacional.

Toda la concurrencia se puso de pié cuando rompió la brillante orquesta la soberbia obertura de nuestro himno; i era hermosísimo entonces el espectáculo que presentaba el magnífico teatro de Santiago abrigando en su seno mas de cuatro mil espectadores, adornado de bellas decoraciones i cintas tricolores e iluminado por un número inmenso de luces.

Se cantaba el himno antiguo, nuestro himno guerrero de la Independencia, que maldice a los tiranos; i cada estrofa arrancaba numerosos i frenéticos aplausos que encendían el pecho apagado de los ancianos i agitaban con violencia el corazon de los jóvenes. Para un pueblo libre no hai resorte que mas efecto produzca en él, como su himno patriótico, eco siempre de sus glorias i de sus instintos guerreros.

Se puso en escena la brillante ópera de Verdi, *El Heronzi*; la funcion fué espléndida; i la juventud alegre i entusiasta, con sus aplausos premiada repetidas veces los

esfuerzos de los artistas que esa noche estuvieron sublimes.

A las doce de la noche se cerraban las puertas del Teatro; i cuando el reloj de la plaza de armas daba la última campanada de esa hora ya todo estaba en silencio, en la mas profunda quietud.

Alberto habia sido en esa noche el hombre mas feliz: su amada una i otra vez le habia dicho que le amaba, le habia prometido ser suya eternamente, le habia entregado su corazon.

¿Qué mas podia desear?—

Para un corazon que ama verdaderamente con el delirio de la juventud, con el fuego de una pasión naciente pero voraz, no puede concebirse mayor felicidad que oír de los labios queridos una palabra de correspondencia, una palabra de amor!—

Es, en verdad, sublime ese momento en que una mujer que adoramos nos dice que tambien nos ama!

I Alberto lo habia oído de su Elvira, i habia recibido los juramentos mas tiernos, las promesas mas seductoras.

No es, pues, extraño que Alberto hubiera sido completamente feliz en la tarde i en la noche del 18 de Setiembre.

Es tan rara vez feliz el hombre en su vida que un momento de verdadera felicidad, es en él un recuerdo imperecedero i forma un paréntesis brillante en sus largas horas llenas jeneralmente de infortunio. Dichoso aquel que abriga algunos de estos recuerdos, que cuenta algunos de estos paréntesis! Los Persas, mas felices que nosotros porque tenían menos necesidades i ambiciones que satisfacer, cada día de felicidad la señalaban con una bolita blanca que echaban en la urna al entregarse al descanso del sueño, i al cabo de sus días en sus horas de ancianidad, rodeados de sus nietos, abrían la urna, i hallaban muy pocas bolitas blancas, i si, muchas negras! Así si en nuestro siglo se hiciera lo mismo, quien de nosotros tendria muchas blancas que contar?

Pero Alberto pudo en esta noche haber echado una blanca en la urna de su suerte, i contar un día de felicidad.

III.

—La última copa, exclamó Luis, la última copa por la felicidad de Alberto!—

—Por Alberto-repetimos todos en coro, i bebimos chocando nuestros cristales a su salud.

Alberto que precedia nuestro juvenil banquete volvió a llenar con el espumoso champaña su copa i con entusiasmo, dijo:

—Por Elvira, amigos, por Elvira.—

I todos volvimos a beber por la amada de nuestro amigo.

Jeneralmente cuando está proximo a concluirse un banquete, en los intervalos que tienen lugar entre los últimos brindis, se guarda cierta gravedad i se filosofa mucho. No sé porque entónces es cuando el alma reflexiona, i el corazon se siente abrumado por el sentimiento.

Mil ideas lúgubres parecen pesar sobre el alma, mil recuerdos tristes parecen alzarse con los vapores del vino, mil reflexiones desgarradoras brotan de los labios! Es que el contento siempre camina al lado del dolor; por eso en una senda de flores se suelen hallar el dolor i el placer de frente i mirarse cara a cara.—

Guardamos un momento de silencio.

Agustín lo interrumpió.

—Amigos, dijo, me place ver que hai en el mundo seres que verdaderamente se aman. Yo que fui feliz en un tiempo, que amaba tambien a una mujer, comprendo la felicidad de Alberto! Pero mi fortuna cayó por los suelos, mi padre quebró, i yo quedé pobre. . . . Entónces la que me quiso me despreció, la que me habia ofrecido

su corazón me alejó con la sonrisa del desden, i rió de nuestro antiguo amor! Nos hemos alejado para siempre uno de otro. Ella está en brazos de un rival afortunado, i yo he ahogado en el fondo del alma ese amor infeliz.—

Amigos, el mundo es así: lo que se ama hoy mañana se olvida, lo que hoy se quiere mañana se odia.—Pero todo se olvida, porque al cabo.

«L'oublie est la seule réalité de la vie.—(Sue)

Bebamos por el olvido!

—Oh! no! replicó Alberto! yo no la olvidaré jamás, ni Elvira me olvidará tampoco!—

—Quién sabe! todo se olvida....

—Mal profeta eres, Agustín.—

—Con mas experiencia, conozco mas la realidad.—

—Tu realidad es horrible.—

—Alberto, créeme: En la alta sociedad se ama mas con la cabeza que con el corazón.—

—No—gritamos todos! Aun hai muchas mujeres que tienen corazón.—

I cada uno murmuró en secreto o al oído de su amigo mas cercano el nombre de su amada.—

—Sois muy jóvenes, dijo Agustín con amarga sonrisa; i se recostó en un sillón distraiéndose en seguir las nubes de humo que se desprendían de su cigarro.

—Yo les comunicaré a mis amigos, dijo Alberto, porque entre las copas no es lealtad guardar los secretos, yo les comunicaré lo que hai de mas serio en el asunto, i es que, dentro de uno o dos meses el nombre de Elvira estará para siempre unido al mio, i beberán Uds. conmigo una copa por la felicidad completa de los novios!

—Un bravo sonó en el salón; i fuera de Agustín que permanecía inmóvil i distraído en su sillón, todos gritábamos, reíamos i estrechábamos con efusión la mano de Alberto dándole los parabienes.

Tres días despues de aquel en que tuvo lugar nuestro juvenil banquete ví a Agustín que me dijo:

—Alberto es un excelente jóven, de buen corazón; pero Elvira es una coqueta, i lo engaña.

—No; le respondi; Alberto es correspondido.

—Talvez—pero yo te aseguro que Elvira es una coqueta. I no extrañaría que Alberto se hiciera ilusion.

—Tú miras el mundo bajo un prisma de mal color....

—Oye: Alberto cree amar a Elvira; pero no la ama de veras, porque una coqueta no inspira nunca verdadero amor, sino deseo unas veces, otras capricho; i las mas veces se las corteja por vanidad. Por eso esas niñas que nadan en la opulencia i gastan lujo, i pasean en coches, tienen siempre muchos adoradores. No se las ama; se corteja su lujo, sus trajes, su opulencia!

I si Alberto es despreciado, es olvidado por Elvira, con su corazón de elegante Satiaguino, bueno pero débil i vulgar, encontrará, no lo dudes, consuelo pronto.

—Que teorías, Agustín.—

—Las que me enseñó la experiencia, amigo.

Pero apesar de las palabras de Agustín en la sociedad de Satiaguino no se hablaba de otra cosa que de los amores i del próximo enlace de Alberto i Elvira.

Alberto estaba todo el día en casa de Elvira; Elvira le daba a cada momento señales del mas íntimo amor; i los padres de Elvira lo trataban con cariño i lo admitían a todas horas.

Alberto, pues, era sin disputa un hombre feliz; tenia razon cuando me dijo que habia encontrado la felicidad que tan raras veces se halla en este mundo!

IV.

Habia estado doce días en el campo; i al volver a Satiaguino en la tarde del 14 de octubre, mi primera diligencia fué ir a casa de mi buen amigo Alberto.

Sin ningún obstáculo llegué hasta su habitación,

creyendo hallarlo en el colmo de su dicha, pues segun las noticias recibidas antes de salir de Santiago debia efectuarse a fines de octubre el proyectado enlace de Alberto i Elvira. Mas ¡cuál fué mi sorpresa cuando hallo a Alberto tirado sobre un sofá en actitud de un desesperado, ahogado zollosos oprimidos, con el semblante pálido i acongojado, i con el cabello i traje en el mas completo desorden!

—¿Qué haces? dijele.

—Lée, me dijo, levantándose de repente, i me señaló un papel que estaba sobre la mesa... soi el ser mas desgraciado!

—Tomé el papel i lei la siguiente carta:

Sr. Dn. Alberto H.

Muy señor mio:

El próximo enlace de mi hija Elvira con el señor don Martin A.... i el deseo que tengo de que nada se diga que pueda ofender el nombre de mi hija me obligan a dar un paso que me es en alto grado desagradable. Le suplico a Ud. que se retire de mi casa i deje de visitar a Elvira; servicio que espero de Ud.—Su atento S. S.

EULOGIO C....

—Cielos! exclamé....

—Lée la otra, me dijo Alberto.

Sr. Dn. Alberto H.

Muy señor mio:

Con permiso de mi señor padre pasó a contestarle; alvirtiéndole que no me vuelva a dirigir ninguna otra porque será contra mi honor i delicadeza contestársela. Nunca lo he amado a Ud. i extraño que invoque recuerdos i memorias que para mi no han existido nunca. Si Ud. se ha engañado, suya es la culpa: no me culpe a mi de un mal que solo su sobrada buena fé i satisfacción han causado; yo siempre he sido la misma; i si Ud. ha tomado mis chanzas como protestas de amor, desengáñese i crea que no lo he amado.—De Ud. S. S.

ELVIRA C.

—Mira la pérdida, exclamó Alberto.

Me he jurado cien veces ser mia: pero ha hallado un marido mucho mas rico que yo, i me ha olvidado por él. Ingrat!....

I Alberto se paseaba con agitacion, midiendo a grandes pasos su aposento i gritando a veces como un loco.

—Cálmate, Alberto, le dije.

—No me hables de calma! Quién la puede tener ante tal infamia?

—I quién es el don Martin con quién se vá a casar?

—El que las acompañaba en el paseo en la tarde del 18 de setiembre.

—Ese?

—El mismo.

—Pues bien! olvida a Elvira, i acuérdate de los consejos de Agustín.

—Oh! no. Me voy para siempre de Santiago; estoi desesperado. He tenido, te lo juro, momentos en que he estado tentado de darte un balazo, de atravesarme con un puñal este pecho que sufre tanto! Estoi horriblemente desesperado... No amaré nunca, jamás, a mujer ninguna; porque todas son lo mismo.

—No—Las coquetas que buscan el dinero, no el alma; que aman con el cálculo i la cabeza i no con el corazón, esas son tales como tú las pintas; pero entre las mujeres hai ángeles, hai seres jenerosos que aman con heroísmo, con desprendimiento. Alberto, tú has tenido la desgracia de encontrar en tu camino a una de las primeras.

—No me hables mas! Todas son las mismas.—Yo seré infeliz eternamente porque este golpe que he recibido es horrible i ha hecho de mi vida un infierno, un

infierno que no puedo tolerar. Me alejo para siempre i no oír mas el nombre de esa traidora.

—Ten mas filosofía, domina tu sentimiento.

—En fin, amigo, adios, adios para siempre!

I Alberto al hablar así rompía todos sus papeles, lanzaba hondos jemidos, i se entregaba a su dolor sin medida.

Yo, en verdad que lo compadecí, i sentí de veras la desgracia de mi pobre amigo.

Agustín me dijo: Elvira era una coqueta; Alberto era un hombre de buen corazon, crédulo, pero vulgar. De esos hombres que tanto abundan en nuestro pais i que ballamos a cada paso. Se consolará pronto!—

—Maldita tu filosofía! Agustín siempre miras al mundo peor que lo que realmente es, i el mundo que te fuíjese no existe.

—Tengo esperiencia: miro al mundo tal como es!

V.

El 10 de Noviembre se celebraron las bodas de don Martín i de Elvira.

Mi amigo Alberto se habia ido a Valparaiso casi resuelto a suicidarse; o, a lo menos, a no pensar mas en las mujeres, que eran para él todas falsas.

El 12 de Noviembre recibí una carta dirigida a mí; la abrí, i en ella hallé dos tarjetas en que se leían los nombres siguientes: Alberto H. i Luisa U. de H. ...

De mi mudo asombro me sacó mi amigo Agustín que entraba a mi aposento, i golpeandome el hombro, me decía:

—Amigo mio, Alberto encontró una mujer cuyo dote eran setenta mil pesos i se casó con ella.

Hace menos de un mes que casi se suicida desconsolado por la pérdida de Elvira.... pero era un hombre vulgar, i halló en una mujer con dinero su felicidad.

—Amigo, miro el mundo tal como es.....

—Es verdad, le respondí, helado ante la fuerza de su argumentacion.

I creí firmemente que Agustín conocía el mundo.

N. N.

Tradiciones Patrióticas.

ANECDOTA.

Uno de los patriotas confinados por los españoles a la isla de Juan Fernandez, a su vuelta del destierro fué a visitar a San Martín llevando sobre su pecho la cruz de Santiago. El ilustre jeneral, con aquel tacto i delicadeza que le caracterizaba, sacó de un estuche unas tijeras i cortó la cinta de que pendia aquella condecoracion, diciendo con afable sonrisa al novel republicano: «Señor, estas cosas no sientan ya a hombres como Ud.»

UNA IMPROVISACION.

A las doce de una noche del año 1845, se encontraban varios jóvenes amigos, en una alegre cena en la posada de Casablanca. Se hallaban allí el poeta argentino don Juan María Gutiérrez—don José Santiago Melo—don Juan N. Espejo—don Joaquín Hevel—don Demetrio R. Peña—don Juan Carlos Gomez i otros.

De aquellas cabezas jóvenes i ardientes brotaban a cada instante nobles i entusiastas ideas que mantenian la animacion jeneral.

Se recuerda uno de los brindis. Don Juan María Gutierrez, poniéndose de pié sobre la mesa a instancias de sus amigos, i dirijiéndose a un cuadro en que estaba representado el escudo de Chile, pronunció esta preciosa improvisacion:

Ea el azul del pabellon de Chile

Resplandece un lucero,

I en el escudo noble de sus armas

Un cóndor altanero.

¿Sabeis que significan?

Estos dos signos a la tierra indican

Que el pais de los Lautaros i Carreras

Su vuelo ha de encumbrar a las esferas.

(Este brindis ha sido despues correjido por su autor; nosotros lo hemos recojido, tal como se pronunció, de boca de uno de los asistentes a aquella cena i hemos preferido conservarle todo el sabor de la improvisacion.)

EL HIJO DEL PATRIOTA.

—Oh padre ¿porqué será

Que cuando suena el cañon

Mi triste pena se vá,

I a cada trueno me dá

Un latido el corazon?

—Es porque el jérmen fecundo

Del amor no tiene edad;

Por un misterio profundo,

Las almas nacen al mundo

Amando la libertad.

—Una leccion dame aquí,

I mi brazo el puñal vibre.

—¿Qué quieres saber de mí?

—Quiero aprender a ser libre,

Puesto que libre nací.

EL SOLDADO AMERICANO.

Jóven ayer, derramó

Su sangre en la lid marcial,

Hoi viejo, el lauro triunfal

La patria a su sien ciñó.

A los truenos del cañon

Se sentia enardecer,

I a su arranque responder

Las fibras del corazon.

Siempre pura su conciencia,

Noble su alma varonil,

No ha empañado mancha vil

El cielo de su existencia.

Que niño, jóven i anciano,

Bajo su santa bandera,

Siempre es noble la carrera

Del soldado americano.

El Correo Literario

¡VIVA CHILE!





Atras , monstruo insolente!
Yo la América soi tierra-esperanza.
Esta tierra coronas no consiente
Y el harpon vengador será esta lanza!